



ALEGRÍA Y DESCONCIERTO

Escrito dominical, el 2 de octubre

La pasada semana, aludía yo a la exhortación “Amoris laetitia” que el papa Francisco firmó el día de san José de 2016. ¿Cómo definir este documento que lleva el sello personal del Papa y, a la vez, es un ejercicio de sinodalidad, es decir, de ir juntos en su magisterio el Santo Padre y los obispos participantes en los dos últimos Sínodos? Es “un documento eclesial precioso, lleno de sabiduría y de realismo, cargado de amor por el don divino de la familia y de comprensión misericordiosa hacia tantas personas que no han logrado vivir en plenitud ese camino de humanidad y crecimiento cristiano que es el matrimonio” (Cardenal Fernando Sebastián). Creo yo también que “Amoris laetitia” nos llama a todos a hacer crecer el amor de los esposos y a motivar a los jóvenes para que opten por el matrimonio y la familia.

Leemos en “Amoris laetitia”, 5: “Esta Exhortación adquiere un sentido especial en el contexto de este año Jubilar de la Misericordia. En primer lugar, porque la entiendo como una propuesta para las familias cristianas, que las estimule a valorar los dones del matrimonio y de la familia, y a sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo”. ¿Por qué, pues, “Amoris laetitia” ha suscitado críticas y perplejidades?

Algunos han querido ver contradicciones entre lo que dice el Papa Francisco y lo que dijeron, sobre la familia y la vida, Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI. Pero no hay tal contradicción. Todos los capítulos del documento, pero sobre todo el octavo, nos pone ciertamente a los pastores y cuantos trabajan en la pastoral familiar ante la responsabilidad urgente de ejercer totalmente volcados hacia las personas nuestro servicio pastoral. Es un camino en el que hemos de abrirnos a una pastoral “cuerpo a cuerpo”, “en salida”, como dice el Papa tantas veces, hacia la realidad de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, hacia las familias, especialmente hacia aquellas que están rotas o viven momentos delicados y, por ello, están en viviendo situaciones de especial dificultad. Todo lo cual es para nosotros una llamada muy potente a la conversión pastoral en este campo de nuestra tarea eclesial.

Es verdad que el Papa combina la propuesta entusiasta de la verdad del matrimonio cristiano, del matrimonio en sí mismo, con la visión realista y compasiva de tantas parejas que no llegan a descubrir ni a realizar en su vida la riqueza y la profundización del amor tal y como Cristo nos lo manifiesta y ofrece. Pero Cristo sigue siendo su Pastor, y los llama y espera. Tenemos que acercarnos a ellos y ayudar a descubrir y a vivir en plenitud el gozo del verdadero amor. Se nos olvida muy deprisa que muchas de estas personas fueron, sí, bautizadas, pero tal vez nunca verdaderamente evangelizadas; contrajeron matrimonio posiblemente de manera superficial, y luego se abandonaron o fueron abandonados, y más tarde llegó el divorcio o la separación de hecho y nueva unión.

¿Quién es capaz de pensar que no tiene, como miembro de la Iglesia, responsabilidad en la situación en la que se encuentran estos hermanos nuestros? Yo no me atrevo a decir que estoy sin culpa. Citando otro documento papal, La alegría del Evangelio, 44, el Santo Padre dice: “...,”sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día”, dando lugar a “la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible”. Y confiesa el Papa Francisco: “Comprendo a quienes prefieren una pastoral más rígida que no dé lugar a confusión alguna. Pero creo sinceramente que Jesucristo quiere una Iglesia atenta al bien que el Espíritu derrama en medio de la fragilidad: una Madre que, al mismo tiempo que expresa claramente su enseñanza objetiva, no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino” (Amoris laetitia, 308).

INQUIETUD POR EL FUTURO

Escrito dominical, el 9 de octubre

No voy hablar de la inquietud que genera en España la situación política de bloqueo, sin gobierno estable y otros problemas añadidos. Son bastantes los que tratan estos temas en verdad serios, complejos y donde falta un horizonte amplio que abogue por el bien común, preocupación por la sociedad de los españoles. Estamos cansados de que los partidos políticos consideren que los oponentes no sólo es bueno que pierdan, sino que desaparezcan. No. Quiero referirme a algún problema más real, que inquieta en el presente y en el futuro inmediato y que responde a esta pregunta: ¿Cuándo voy a conseguir un trabajo? ¿Cuándo dejaré este empleo precario que me descorazona, o porque es precario y con poco salario, o porque tengo que unirlo a otros empleos para llegar malamente al final del mes?

¿Qué sienten esos hombres y mujeres al comprobar que pasan los meses y todo sigue igual o parecido? ¿Qué decir en casa, a los hijos, a los padres que ayudan, al banco al que tengo que pagar la hipoteca cada mes? Recuerdo un texto de Benedicto XVI: “Un trabajo “decente” es un trabajo libremente elegido, que asocie efectivamente a los trabajadores, hombres y mujeres, al desarrollo de su comunidad; un trabajo que, de este modo, haga que los trabajadores sean respetados, evitando toda discriminación; un trabajo que permita satisfacer las necesidades de las familias y escolarizar a los hijos sin que se vean obligados a trabajar (...), un trabajo que, en cualquier sociedad, sea expresión de la dignidad esencial de todo hombre y mujer” (Caritas in Veritate, 63).

En una franja importante de la sociedad española estas condiciones de trabajo no se dan, o porque no hay trabajo, o porque éste no es decente. Se puede encontrar datos, cifras y porcentaje de este problema por doquier. Pero quien puede constatarlo mejor son las personas que sufren este tipo de empleo “no decente”. Impresionan los testimonios de quienes describen su situación. Hablan lógicamente de empleos que alternan seis meses asegurados con otros tres en la economía sumergida, para no hacerla fija en plantilla. Contratos de media jornada pero que la persona trabaja más de 45 horas a la semana repartidas en seis días y 580 euros al mes.

Es la gran incertidumbre de tantas personas con miedo al día de mañana. Sin duda esto no es justo ni digno. ¿Cuántos aceptan cursos de formación diciendo que prefieren eso a no tener ningún ingreso? No es extraño que exista en la gente frustración, que piensen que no valen, que no tienen dignidad. Sucede, es verdad, que muchos ven que la empresa en la que trabajan no da para más. Es cierto, pero ¿cómo ajustar gastos y ahorrar un poco, aguantando otro poco? Si el trabajo no llega, ¿cómo resistir bien, con optimismo? Puedes apoyarte, ¡cómo no! En la fe. Muchos sin trabajo o con trabajo “no decente” lo hacen, pero en ocasiones, ¡se encuentran tan solos! Y esperan ayuda de sus hermanos en la fe, o esperanza para seguir luchando.

Yo tengo trabajo, a veces demasiado, tengo ilusión, proyección hacia el futuro aunque vaya para mayor. Por eso, puedo entender que nos inviten desde Cáritas, CONFER, HOAC, Justicia y Paz, JEC JOE, instituciones y movimientos cristianos, a la Jornada Mundial por el trabajo decente el día 7 de octubre. Es bueno hablar y preocuparse por esta situación real y por las personas que sufren de este mal. Es un mal que tenemos en nuestra familia, entre nuestros vecinos, en cada esquina. ¿Y no vamos a entristecernos cuando nuestros políticos sigan sin entenderse y sin afrontar con más decisión estos problemas reales y no los ficticios? Que todos podamos sufrir situaciones difíciles por catástrofes, por carencias concretas en nuestro país es duro, pero puede sobrellevarse, si ayudamos entre todos a salir de ese momento, pero que muchos de estos problemas de desempleo, de empleo precario, de trabajo “no decente” se puedan solucionar con un mirada más amplia hacia el bien común, lejos del egoísmo y por falta de entendimiento o de estrechez de miras, no se entiende, cuando son problemas verdaderos que las fuerzas sociales y políticas deberían afrontar con más decisión.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

IGNORAR LAS ESCRITURAS ES IGNORAR A CRISTO

Escrito dominical, el 16 de octubre

En el Programa pastoral 2016-2017 ocupan un lugar destacado las actividades que tiene como

fin dar a conocer la Sagrada Escritura en la vida de los hijos de la Iglesia y en su iniciación cristiana: Jornadas de Pastoral; la aventura de adentrarnos en la Biblia en familia con la “lectio divina”; las charlas básicas para fieles laicos, sacerdotes y consagrados sobre la Escritura Santa en cursos concretos; proyectos para fomentar la lectura de la Palabra de Dios; curso de profundización en cinco sesiones interesantes; creación de grupos bíblicos, publicación del evangelio de san Mateo en árabe; concurso en torno a la Palabra de Dios en colegios, catequesis y familia. También pensamos en peregrinación diocesana a Tierra Santa, para leer “el quinto evangelio”. El mismo Arzobispo ha escrito una carta pastoral, “Conocer las Escrituras es verdadero alimento y verdadera bebida”, que no quiere ser sino un acicate más para romper la inercia que nos lleva a una verdadera ignorancia sobre la Biblia. Se impide así nuestro trato filial y la oración con Aquel que nos abre su corazón para llevar adelante la nueva alianza en Cristo, su Hijo Amado.

Ya el Concilio Vaticano II insistía en sus documentos que, a través de la Escritura, Cristo se hace presente en su Iglesia y en el mundo: “Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla” (Sobre la Liturgia, n. 7). Todos los otros medios que llevan al conocimiento de Dios palidecen ante este “unum necessarium”, esto es, lo que es indispensable y universal por lo que el Espíritu Santo continúa el coloquio, la conversación amorosa con su Esposa, la Iglesia, hasta el fin de los siglos. Es precepto del Señor cuando nos dice: “Escudriñad las Escrituras (...), pues ellas están dando testimonio de mí” (Jn 5,39). Así no tendrá que decirnos Jesús como a sus contemporáneos: “No entendéis las Escrituras ni el poder de Dios”.

Pero hay más. Cristo, dice san Pablo, es el poder de Dios y la sabiduría de Dios; por esta razón, el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, porque “ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”. Esta frase de san Jerónimo, en su comentario al profeta Isaías, da que pensar y tal vez explica el bajo tono de vida cristiana en los católicos de hoy, o nuestro despiste y ambigüedad sobre lo que es más nuclear y esencial de nuestra fe. También puede explicar que nuestra relación con el Dios Trinidad sea a veces tan fría, tan distante. Cambiaría si cada día leyéramos un trozo de la Palabra de Dios.

Brevemente: la “lectio divina” es una lectura, individual o comunitaria de un pasaje más o menos largo de la Escritura, el cual es acogido como Palabra de Dios, y por ello se realiza bajo la influencia del Espíritu Santo, cuya ayuda se pide. Tras la del texto, se vuelve a leer para ver qué me dicen a mí esas palabras, que se meditan y se contemplan como regalo de Dios, que sirve para rezar. El texto escogido lo leemos “en la Iglesia”, que decía el documento conciliar del inicio, porque esa lectura es la que se corresponde mejor con la intención de Dios al redactarlo el autor humano de la Biblia, sea el libro que sea. Para aquellos que la practican, esta “lectura divina” les afina la percepción, les enriquece el entendimiento, levanta el error y la culpa, expulsa la vanidad, ordena la vida, corrige los malos hábitos y despierta un deseo por Cristo y la Patria celestial. Esta es la opinión del monje benedictino Smaragdo.

La carta anima, por supuesto, a romper esa especie de dura corteza que nos impide penetrar en la Escritura y gozar de sus consuelos. Lo cual vale para niños, adolescentes, jóvenes y adultos. ¿Por qué, pues, no formar parte del proyecto “Bebet-ab” de iniciación a la “lectio divina” en familia a la que anima el Programa pastoral de este año? ¿O participar de un grupo que en tu parroquia se cree que siga un plan de conocimiento elemental de la Biblia? O, si eres cofrade, ¿te animas a la práctica de la lectio divina preparada para miembros de Hermandades y Cofradías? Todo menos quedarte de brazos cruzados y sin hacer nada que merezca la pena, para salir de tu posible aburrimiento en tu vida cristiana.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

TODOS ESTAMOS INVITADOS A 'SALIR', COMO DISCÍPULOS MISIONEROS

Escrito dominical, el 23 de octubre

¿A dónde tenemos que ir como discípulos de Jesús? Está claro: a llevar el mensaje de la ternura y la compasión de Dios a toda la familia humana. Pero, ¿quién nos hace esa invitación? Alguien que está haciendo esta misma llamada desde hace muchos siglos, cuando le dijo a Abraham, el padre de los creyentes: “Sal de tu tierra, de tu patria, de la casa de tu padre, hacia la tierra que te

mostraré” (Gén 12,1). ¿Desde hace tanto tiempo está Dios así? Sí, y Abraham salió a una nueva tierra. Y muchos lo hicieron a los largo de estos casi 40 siglos desde que fue invitado Abraham. “Pero yo estoy bien aquí”, dirás; “¿por qué tengo que salir de mí mismo, de mi casa, de mi comodidad?”. Aunque aquí haya muchos problemas y trabajo que hacer, se necesitan cristianos que, como discípulos misioneros, pongan al servicio de los demás los propios talentos, sabiduría y experiencia.

¿Quién envía? El envío y el destino lo hace Jesucristo y su Iglesia; y el papa Francisco, y el Obispo de una Diócesis, y una comunidad concreta. Entonces, ¿todos debemos ser misioneros en América, África, Asia y Oceanía? Hay que sentirse enviado todos, y no de la misma manera, a la misión que decimos “ad gentes”, pues es universal y no tiene fronteras. Esta misión “ad gentes”, a lugares donde la Iglesia de Cristo no está presente o está comenzando, es necesaria, porque hay mucha gente que está esperando lo más grande de Dios: su mensaje de ternura y compasión. El Padre de los cielos siente una profunda alegría cada vez que encuentra a una criatura humana frágil, que necesita el amor del Dios bondadoso, atento y fiel. Dios Padre quiere, por eso, que la manifestación más alta y consumada de su misericordia, que es Jesús, su Hijo, sea conocido y ofrecido a todos. Aceptando a Jesús, siguiéndole a Él como camino y por medio de su Evangelio y de los sacramentos, podemos llegar a ser misericordiosos como nuestro Padre de los cielos.

Tenemos que tener muy en cuenta, queridos católicos toledanos, que la Iglesia, de la que formamos parte es, por, en medio de la humanidad, la primera comunidad que vive de la misericordia de Cristo. Y ésta ha de llegar a todas partes. ¿Quiere esto decir que todos en esta Diócesis hemos de partir a todos los continentes y ser misioneros “ad gentes”? No será verdad tanta hermosura. No es eso. Todos tenemos que salir de nosotros mismos y amar y servir a los demás. Necesitamos esos misioneros que vayan a la misión. Ellos son lo mejor de lo mejor entre los discípulos de Jesús: hombres y mujeres, testigos del amor de misericordia. Y hemos de orar por ello y ayudarlos desde aquí.

Pero también son misioneros los que aquí vivimos, si verdaderamente somos testigos del amor de Jesucristo. Aquí debemos hacer el servicio de la caridad, junto a la labor evangelizadora. Aquí se necesitan católicos que no se queden en su “corralito”. Está la labor educativa, las campañas de ayuda en favor de esta o aquella misión o misionero. Si tú no estás preocupado por el servicio materno de la misericordia, que tanto ayuda a los pueblos que todavía no conocen al Señor, para que lo encuentren y lo amen, no eres misionero ni aquí ni allí, y no podrás oír la voz del Señor que dice: “Sal de tu tierra”. Lo único que harás será echar unas monedas al cestillo el día del Dómund. Y eso no es.

Se necesitan misioneros “ad gentes”, personas concretas que vayan. Hay católicos que no pueden ir. Conozco a una comunidad de monjas de clausura que idearon ser misioneras, fundando una comunidad en África, no para salir del monasterio e ir de acá para allá. No. Enviaron allí a algunas Hermanas y desde España empeñaron su trabajo y su dinero. Pero desde allí, en África, les llegó la fuerza para tener un corazón más grande y universal, que da sentido a lo pequeño de cada día. Saben que su vida escondida en el claustro da fruto en el mundo entero. Debemos estar inquietos por ese Cristo que deben conocer los que no han oído hablar de Él. Estar inquietos aquí; de lo contrario, ¿cómo habrá alguien que quiera marchar a otros lugares para anunciar la Buena Nueva de Jesús y ser misionero “ad gentes”. “Sal de tu tierra” será una invitación que siempre sonará porque el Dios vivo sigue haciéndola. ¿Llegará hasta ti?

✦ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

NUESTRA SOCIEDAD CIVIL

Escrito dominical, el 30 de octubre

Nuestra sociedad española y toledana sin duda tiene muchos problemas y pasa por una crisis no sólo de valores, sino sobre todo de virtudes, que poseídas por hombres y mujeres concretos impulsen a los demás a conductas virtuosas, hacia el bien común. Hay demasiada arrogancia, demasiada corrupción, excesivo apoderarse de lo ajeno y buscar sólo el propio interés. Pero seríamos injustos si pensáramos que todo está mal en nuestra sociedad y que no hay esperanza; que ya no hay hombres y mujeres que sean capaces de esforzarse por los demás, de arriesgar su vida por causas justas, que trabajan en la sombra haciendo el bien, sin alharacas, sin buscar recompensas. Me permito indicarles que observen a su alrededor. Creo que verán que hay mucha

gente que merece la pena.

No hace muchos días, me decía una persona que hay gente magnífica en la llamada “sociedad civil”. Lo afirmaba a propósito del buen hacer y el ejemplo estupendo de bomberos de Talavera de la Reina en cómo ejercieron su cometido en el reciente derrumbe de un templo parroquial en esa ciudad, con gestos muy de agradecer. Pero lo mismo hacen otros bomberos en ocasiones parecidas o en catástrofes en España o fuera de ella. Otros ejemplos podrían mostrarse de miembros de los cuerpos de seguridad del Estado, que ustedes sin duda conocen. Y en el mundo de voluntariado estos gestos se pueden multiplicar hasta el infinito.

Estoy hablando de personas sencillas de nuestro entorno, sin especificar si son católicos o no. Yo conozco tantos hermanos en nuestras comunidades parroquiales que son coherentes con la fe que profesan. Por supuesto, y que nos dan cada día una lección de amor a los más necesitados. En absoluto creo yo que la fe impida el ser virtuoso; al revés, la fe y el amor cristiano da un enorme impulso para mover a esta sociedad nuestra al bien. Pero ahora estoy hablando en general, de tanta gente buena que son un verdadero aldabonazo a nuestra conciencia egoísta y que no duda en ayudar y dar ejemplo. ¿Por qué, entonces, existe tanto pesimismo entre nuestros contemporáneos? No hay una sola causa; hay muchas. Ahora aludiremos a alguna de ellas.

Pero quiero referirme ahora a otro asunto: yo sé que el pecado es una realidad con la que no cuentan muchos de los agentes sociales influyentes en nuestro mundo a la hora de resolver problemas, pero el ser humano tiende al bien, tiene nostalgia de él; se mueve por amor, aunque sea por caminos en ocasiones torcidos. No busca el mal por el mal. Por eso es tan importante que haya padres que den ejemplo a sus hijos y profesionales que sean honrados, buenos sacerdotes que sirvan a sus fieles y a quienes no lo sean, buenos profesores que saquen de sus alumnos cuanto bueno tiene éstos en su interior. Por eso igualmente es tan importante que los políticos, o la sociedad política, den buenos ejemplos, sean virtuosos. Sí; ser virtuoso no significa que tengan que ser católicos practicantes. Ya nos gustaría, si ellos lo desearan.

No se asusten, que no estoy diciendo que haya partidos católicos, que respondan a las expectativas en todo de los discípulos de Cristo, sino que haya católicos en los partidos. Estoy diciendo que los hombres y mujeres que se dediquen a la noble tarea de la política, de la vida pública, deben ser virtuosos, sin doble cara, sin doble vida, dando ejemplo de servicio a los demás. ¿No lo son los actuales? No soy quien para emitir ese juicio de ninguna persona en particular, pero la clase política debe aprender la lección de estos últimos años, de estos últimos meses. Les necesitamos, pero para que sirvan a la sociedad y no a ellos y a sus partidos o ideologías. Bastantes han sido los malos ejemplos y las malas costumbres a la hora de tratar de resolver los verdaderos problemas. Yo pido a Dios por ellos. Precisamente porque son necesarios y tanta gente buena sigue esperando.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España